

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/en-palestina-y-en-roma/>

## 11. CÉSARES Y CRISTIANOS

<https://ideaswaldorf.com/cesares-y-cristianos/>

6º

Cuando Pompeyo conquistó Palestina, los judíos, la gente que habitaba Palestina, no llegaron a romanizarse como, por ejemplo, los galos o los hispanos.

Los judíos no adoptaron las costumbres romanas, rechazaban adorar a los dioses romanos, y más tarde también rechazaron adorar a los nuevos dioses Julio César Augusto y Julio César Tiberio.

Los judíos odiaban a los opresores romanos, deseaban y esperaban que un gran líder, un gran guerrero emergiera entre ellos y expulsara a los romanos.

Cuando Jesucristo empezó su gran tarea, la gente vio que tenía poderes que ningún otro mortal poseía, que un toque de su mano podía curar cualquier enfermedad y muchos judíos pensaron que Jesucristo debería conducirlos contra los romanos, que debería usar sus poderes para aplastar a las legiones romanas.

Pero el Espíritu de Dios, el Espíritu del Amor, no había venido a la Tierra para una nación, los judíos, sino para toda la humanidad, para que los corazones humanos cambiaran, y ya no sintieran odio, para que la gente perdonara a sus enemigos.

Algunos judíos entendían que la nueva y maravillosa fuerza del amor había descendido al mundo a través de Jesucristo y le siguieron como discípulos. Pero la mayoría de los judíos odiaban tan intensamente a los romanos que no querían escuchar el mensaje de Jesucristo. No querían perdonar a los romanos y cuando vieron que Jesucristo no iba a conducirlos contra los romanos, se volvieron contra Jesucristo y también le odiaron a Él.

Había sucedido el más grande acontecimiento en la historia del mundo, había venido el Espíritu de Dios, el Espíritu del Amor, pero las almas humanas estaban sumergidas de tal manera en la oscuridad — pues el odio es en realidad una oscuridad del alma— que sólo algunos pudieron reconocer al principio lo maravilloso que había descendido a la Tierra en Jesucristo.

Los otros se volvieron contra Él: los romanos porque temían que pudiera conducir una rebelión contra ellos y los judíos porque no iba a conducirlos a una rebelión contra los romanos. Sólo algunos judíos y algunos romanos pudieron reconocer al Espíritu de Dios en Jesucristo, aunque tanto los judíos como los romanos pagaron un terrible precio por su ceguera, por la oscuridad del odio en sus almas.

Los infelices judíos pagaron su precio treinta y siete años después del Viernes Santo en el que las tres cruces se habían erguido sobre la colina del Gólgota en las afueras de Jerusalén. Treinta y siete años después de la crucifixión de Cristo, los zelotes, un grupo radicalizado judío que quería la independencia de Judea por las armas, logró tomar Jerusalén para expulsar a los romanos.

La rebelión, conocida como la Gran Revuelta Judía de 66-73 a. de C, tuvo un terrible final. Una gran cantidad de judíos murió en la lucha, el gran templo de Jerusalén donde había

predicado Jesucristo fue incendiado, y sólo quedaron sus cimientos que aún pueden verse hoy en día.

Tres años más tarde los romanos destruyeron la fortaleza de Mazada, último refugio de los zelotes, después que todos se hubieran suicidado. Y cuando acabó la lucha, los romanos impusieron un terrible castigo al resto de los judíos.

Los hombres más fuertes fueron llevados como esclavos a Roma. Muchos otros fueron exiliados fuera de Palestina: fueron enviados a Grecia, Egipto, Hispania, Italia, y de ese modo perdieron su tierra, la Tierra Prometida adonde Moisés había conducido a sus antepasados.

A ese exilio forzado por todo el mundo es lo que se conoce como **la diáspora\***.

Por su parte, los romanos, que creían en el poder, que consideraban dioses a sus poderosos emperadores, los Césares, pagaron su precio de otro modo.

Se les mostró qué tipo de dioses, qué tipo de seres divinos eran esos Césares.

Después de que Julio César Tiberio fuera asesinado por su propia guardia, fue sucedido por un sobrino que había sobrevivido cuando Tiberio había hecho asesinar a sus parientes. Ese nuevo Julio César fue llamado **Calígula\***, estaba mucho más loco que Tiberio.

No estaba satisfecho con que los romanos veneraran su poder; a veces se vestía como la diosa Venus, la diosa de la belleza, y los romanos tenían que venerarlo como si fuera Venus.

Un día Calígula decidió que su caballo favorito, un semental blanco, podría ser un excelente cónsul de Roma. Y por aquella época los senadores se habían hecho tan inútiles que no osaron rechazar la propuesta y nombraron cónsul de Roma al caballo.

Pero para entonces, los guardias de Calígula consideraron que un hombre tan loco no estaba habilitado para gobernar y acabaron asesinando a Calígula.

El nuevo **Tiberio Claudio\*** era un loco débil, que no podía gobernar y dejaba que el gobierno y todas las decisiones las tomara su esposa **Agripina\***.

Claudio y Agripina tenían un hijo, y cuando ese hijo cumplió los diecisiete años Agripina pensó que ella tendría más poder si su hijo fuera emperador en lugar de su esposo.

Súbitamente, murió su marido Claudio. Hubo rumores en Roma de que su esposa lo había envenenado. De ese modo, **Nerón\***, el hijo de Claudio y Agripina, se convirtió en César.

*\*Diáspora: 1. f. Dispersión de los judíos exiliados de su país. 2. f. Dispersión de grupos humanos que abandonan su lugar de origen. Diccionario RAEL [n. del pr.]*

*\*Cayo Julio César Augusto Germánico o Calígula (12-41): tercer Emperador romano (37-41). Considerado uno de los más grandes generales de la historia de Roma. Su madre era Agripina. [n. del pr.]*

*\*Tiberio Claudio César Augusto Germánico (10 aC-54): cuarto emperador romano de la dinastía Julio-Claudia, (41-54). Nacido en la Galia, fue el primer emperador romano no italiano. Permaneció apartado del poder por sus deficiencias físicas, cojera y tartamudez, hasta Calígula lo nombró cónsul y senador. Tras la muerte de Calígula, su aparente debilidad y su inexperiencia política, hicieron que la guardia pretoriana lo proclamara emperador, pensando tal vez que sería un títere fácil de controlar. [n. del pr.]*

*\*Agripina o Agripina la menor (15-59): hija mayor de Germánico y Agripina la Mayor, bisnieta de Marco Antonio y Octavia, hermana de Calígula, esposa y sobrina de Claudio y madre de Nerón. [n. del pr.]*

*\*Nerón Claudio César Augusto Germánico (37-68): emperador romano (54-68), último de la dinastía Julio-Claudia. Centró la atención en la diplomacia y el comercio, la cultura. Militarmente venció el Imperio parto y las revueltas de los británicos (60-61). Se asocia comúnmente a la tiranía y la extravagancia, a la implacable persecución de los cristianos y a la historia de que tocaba la lira mientras Roma se incendiaba. [n. del pr.]*

Nerón fue el peor monstruo sediento de sangre en la historia romana. En una ocasión dijo: *“-Qué pena que toda la humanidad no tuviera una sola cabeza; así podría cortarla de un solo tajo.”*

Uno de sus primeros actos como Julio César fue asesinar a su madre; pensaba que era tan tiránica que la gente de Roma tenía que celebrar un día de acción de gracias por ese terrible acto. No era solamente un monstruo de crueldad, sino que era también muy vanidoso. Se imaginaba que tenía una hermosa voz y que era un gran cantante. Invitaba a los patricios y senadores a un banquete, tomaba la lira y se acompañaba a sí mismo cantándoles. Y si alguien de su audiencia no aplaudía lo suficientemente fuerte o daba la impresión de estar aburrido, Nerón lo hacía arrestar al día siguiente y hacía que lo ejecutaran.

Lo mismo le pasaba a cualquiera que no asistiera cuando Nerón lo invitaba. De ese modo Nerón estaba seguro de tener siempre una gran audiencia y fuertes aplausos.

A veces entretenía a la gente de Roma con sus canciones, y todos consideraban más recomendable aplaudir bien fuerte.

En otras ocasiones ofrecía el espectáculo de cientos de gladiadores en el circo para entretenimiento de los romanos. A veces se hacía que cientos de animales salvajes, leones, tigres, leopardos, lucharan entre sí en el circo. Se los mantenía hambrientos durante días y luego se los volvía más fieros aplicándoles hierros candentes.

Sin embargo, mientras la locura cruel seguía adelante, algo mucho más importante estaba teniendo lugar en Roma.

Los apóstoles **Pedro\*** y **Pablo\*** habían llegado a la ciudad y encontraron a hombres y mujeres ávidos de escuchar el mensaje de Cristo, el mensaje de que Dios es amor y que amándose los unos a los otros estamos realizando la voluntad de Dios. De modo que mientras la mayoría de los romanos disfrutaban con las crueldades de los espectáculos ofrecidos por el demente Nerón, también había buenas personas que se apartaban de esos horrores. Algunos de los que se volvían cristianos eran esclavos, otros eran romanos ricos.

Al principio, los otros romanos apenas prestaban atención a esos cristianos, pero entonces sucedió algo que lo cambiaría todo.

Nerón quería ser recordado como gran constructor y quería erigir magníficos templos, palacios y grandes baños públicos con piscinas de agua caliente y fría.

Pero en esa época Roma estaba muy densamente construida y había muy poco espacio para construir. Los suburbios de Roma eran feos, sucios vecindarios donde vivía la gente pobre. Si Nerón pudiera desembarazarse de esos barrios tendría el espacio para edificios nuevos y esplendorosos.

Era el mes de Julio, el mes más cálido y seco en Roma. Todos los ricos e igualmente Nerón y su corte estaban fuera de Roma y permanecían en sus villas en las colinas fuera de la ciudad.

*\*Simón Pedro o San Pedro (finales siglo I aC-ca. 67): uno de los discípulos más destacados de Jesús de Nazaret. Acabó sus días en Roma, donde fue obispo, y murió martirizado bajo el mandato de Nerón en el Circo de la colina vaticana. [n. del pr.]*

*\*Pablo de Tarso, nacido Saulo de Tarso o san Pablo (5/10- 58/67): Conocido como el Apóstol de los gentiles. Reunió en su persona sus raíces judías, la cultura helénica, y su ciudadanía romana, y cambió su nombre al abrazar la fe en Jesucristo como Mesías de Israel y Salvador de los gentiles. Fue martirizado y muerto bajo el gobierno de Nerón entre los años 58 y 67 en Roma. [n. del pr.]*

Entonces, una noche, empezaron a declararse varios incendios simultáneos en los barrios bajos de Roma. El viento propagó las llamas con terrible velocidad. Diez de los catorce distritos de Roma estaban en llamas. No se sabe cuánta gente perdió la vida esa noche, seguramente muchos miles, y cientos de miles se quedaron sin hogar.

Nerón podía ver Roma ardiendo desde su villa en las colinas; llamó a sus cortesanos y mientras observaban el cielo rojo y el mar de llamas, Nerón tocaba su lira y cantaba una canción comparando el incendio de Roma con la quema de Troya.

Sin embargo, durante los días siguientes los cientos de miles de romanos sin hogar empezaron a preguntarse cómo había empezado el fuego y cada vez hubo más que afirmaron que habían sido los hombres de Nerón los que habían incendiado Roma.

Nerón se asustó ante la perspectiva de que los romanos se volvieran contra él.

*¿A quién podría culpar del incendio? ¿Por qué no a los cristianos?*

Ellos veneraban a Jesucristo, un criminal que había muerto ajusticiado en la cruz, seguro que ellos mismos debían ser criminales y perversos. Hizo que sus hombres extendieran el rumor:

*—“¡Los cristianos han incendiado Roma, muerte a los cristianos!”*

Los soldados de Nerón se repartieron por las calles y arrestaron a cientos de cristianos. Era fácil; les bastaba con preguntar:

*—“¿Eres cristiano?”* Y ninguno de ellos negaba su fe, aunque supieran lo que les esperaba. Normalmente respondían:

*—“Sí, alabado sea el Señor, yo soy cristiano”.*

Eran entonces conducidos a las grandes mazmorras que había debajo del Circo Máximo, el Coliseo, el gran circo de Roma. Había empezado la persecución de los cristianos; había empezado la batalla entre los poderes del mal —los Césares romanos— y el Dios del amor. Y en esta batalla el Dios del amor luchaba con las únicas armas del amor y de la fe.

## La arena

Pensemos en la primigenia cultura de la India en la que los cinco hijos de Pandú dejaron su reino en busca del Reino del Cielo y que no temían dejar la Tierra. Esperaban entrar en el mundo de los dioses.

Los miembros de la cultura proto-persa que se sentían ya más en casa en la tierra, todavía elevaban su mirada hacia el reino de la luz, el reino de Ahura Mazda, el reino en el que ingresaban al morir.

Pero la cosa ya fue distinta con Gilgamesh en la antigua Babilonia: según él, después de la muerte sólo había una vida oscura y sin gozo alguno, y temía tanto a la muerte que partió en busca de la planta que otorgara la vida eterna.

Más tarde, los griegos sintieron que después de la muerte el alma se convierte en una mera sombra en el oscuro inframundo.

El mundo donde se hallan las almas humanas después de la muerte se había oscurecido tanto que el alma del fallecido Aquiles le dijo a Odiseo:

*—“Prefiero ser un mendigo entre los vivos que rey entre los muertos”.*

La venida de Cristo fue el acontecimiento más importante y más grande de la historia de la humanidad, no sólo para la gente que vivía en la Tierra, sino también para las almas de los muertos. Pues cuando el cuerpo de Jesucristo fue bajado de la cruz y depositado en el sepulcro, el espíritu de Cristo, impregnado con el poder de amor de Dios se apareció a las almas de los muertos y les llevó luz.

La oscuridad había desaparecido, y el reino de la luz, el Reino de los Cielos volvió a abrirseles. De modo que para los primitivos cristianos —los judíos y romanos que habían acogido la enseñanza de Cristo en su corazón— había sucedido algo maravilloso: por su fe en Cristo podían sentir que después de la muerte entrarían en el reino de la luz, del amor y la verdad, el Reino de los Cielos, y no en un mundo inferior oscuro.

Y como eso lo sabían en el corazón, no le tenían ningún miedo a la muerte.

Ya sabemos que Nerón culpó a los cristianos del incendio de Roma y centenares de ellos fueron apresados por sus soldados y echados a las mazmorras debajo del Circo Máximo en Roma. Y luego vino el gran día que Nerón llamó *“el día de la venganza por el incendio de Roma”*.

Ya en la mañana empezó a llenarse el gran circo, que podía albergar a doscientos cincuenta mil espectadores. Los romanos entraban trayendo consigo comida y bebida para permanecer allí hasta la puesta del sol. Cada vez se iba llenando más, los amigos se saludaban a gritos entre las gradas; se hablaba, se gritaba, se reía.

De repente, se produjo un gran silencio. Nerón y su corte acababan de llegar e iban ocupando sus asientos especiales. Tenía una apariencia obesa, perezosa y cruel, y la corona en su cabeza no lo embellecía.

Una vez llegado el Julio César Nerón, sonaron las trompetas, como señal de que el espectáculo podía comenzar. ¡Y vaya espectáculo!

Empujados a latigazos, los cristianos fueron sacados de sus mazmorras, y fueron paseados en procesión rodeando la arena del circo.

Las multitudes de espectadores esperaban que los cristianos llorarían o pedirían clemencia, o que se mostrarían altaneros y orgullosos. Pero en lugar de eso, los cristianos no prestaron atención a la muchedumbre. Hicieron con firmeza un círculo que rodeaba el recinto de la arena y cantaban un salmo:

*“El señor es mi pastor ...”*

Y luego elevaron una oración y los sorprendidos romanos les oyeron decir:

*—“Padre nuestro que estás en los cielos...perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores ...”*

Pero ahí los romanos empezaron a impacientarse, y gritaron:

*—“¡Que empiece el espectáculo!”*

Se volvió a meter de nuevo a los cristianos en las mazmorras, porque no iban a ser ejecutados todos juntos sino en grupos. Cuando la arena quedó vacía, volvieron a oírse las trompetas y empezó el verdadero espectáculo.

Primero salió a la arena una manada de grandes toros negros con hombres y mujeres cristianos atados a sus cuernos. Los toros intentaban quitárselos de encima cosa que

acababan consiguiendo cuando ya la vida había salido de los cuerpos de las pobres víctimas.

Sacaron a los toros y despejaron la arena, volvieron a sonar las trompetas y un nuevo grupo de cristianos fue sacado a la arena. Estaban juntos rezando, se abrió otra puerta y salieron varios leones locos de hambre y con gran rapidez la arena era un montón de despojos.

El terrible espectáculo acabó cuando llegó la oscuridad. No había luces nocturnas en las calles de Roma; si eras rico, un esclavo llevaba una antorcha para ti, si eras pobre llevabas tu propia antorcha, pero esa noche Roma tenía iluminación nocturna, porque a lo largo de todo el camino, cristianos atados a cruces y cubiertos de paja estaban ardiendo como antorchas. Incluso, mientras morían abrasados, los romanos los oían rezar como había rezado Jesucristo:

—*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...”*

Pero algo extraño sucedió entre los espectadores que habían acudido a esos crueles espectáculos. No fueron pocos los que decían:

—*“El Dios a quienes veneran estos cristianos les da fuerza y coraje más allá de los poderes humanos ordinarios, se enfrentaron a su muerte sin temor. Vimos a muchos de ellos sonriendo, como si les esperara una gran alegría. Seguramente que su Dios debe de ser el Dios verdadero”.*

Los romanos que pensaban así empezaron a buscar a otros cristianos que habían escapado a los soldados de Nerón, y escucharon de ellos el mensaje de amor de Cristo, y acabaron convirtiéndose en cristianos ellos mismos. De modo que los cristianos que habían muerto en la arena hicieron que hubiera más cristianos y llevaron a más romanos hacia el Dios del amor.

La sangre de los mártires —como se les llamó— se convirtió en la semilla de la fe. Igual como Cristo se había erguido de la muerte, la fe cristiana se levantó de los mártires muertos, y creció y se expandió, como la semilla muere en la tierra y de ella crece una nueva espiga de trigo, una nueva planta.

Ahora los cristianos dejaron de reunirse públicamente. Empezaron a excavar secretamente profundos túneles en la tierra, las llamadas catacumbas, y allí se reunían, a sepultar a sus muertos, y a realizar los servicios divinos.

Esas catacumbas y las inscripciones hechas por los primeros cristianos aún pueden verse hoy en día. Pero Nerón, el cruel monstruo, murió como se merecía. Al final, las legiones de la Galia e Italia se rebelaron contra él. Nerón huyó de Roma, demasiado cobarde para luchar, y se suicidó antes de que sus enemigos lo capturaran.

Los Julio Césares, con todo su poder y riquezas, se destruyeron a sí mismos. La fe cristiana, sin poder ni ejércitos, sin utilizar espadas ni para defenderse a sí misma, creció y se expandió, y al final triunfó sobre los Césares.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/12-la-historia-de-britania/>

Aportación de Hermelinda Delgado